



La tarea de ser padres

Viviana M. Gallo

Orientadora Familiar

No es fácil la tarea de educar a los hijos. Educar es criar. Y criar significa nutrir emocional, afectiva y espiritualmente, crear y asegurar las condiciones para que el árbol que está íntegro y en ciernes, en la semilla que es un hijo pueda alcanzar su desarrollo.

Educar significa visto así, transmitir valores a través de las conductas, enfatizar (a través de estímulos, actividades compartidas, diálogos) el valor único de la vida de ese hijo para que él/ella se sienta querido por lo que es antes que por lo que hace.

Educar es vivir de tal manera que el hijo que nos observa descubra, a través de aquello, que al vernos, hay un sentido en cada vida y se sienta estimulado y acompañado a explorar el de la suya.

Los hijos crecen seguro de sí mismos y con buena personalidad cuando los padres han logrado transmitirles esa seguridad y confianza que les va a permitir entre otras cosas, asumir la responsabilidad de sus actos.

Es fácil coincidir en esta conclusión, que es simple de expresar, pero difícil de poner en práctica. Los buenos resultados en la formación de los hijos se obtienen aplicando una actitud coherente y educando con personalidad”.

¡Hijos con personalidad! ¡hijos que conquisten su libertad porque han aprendido a ser responsables! Estas metas no son sueños, sino metas posibles para padres que ejercen de padres y que conciben que la autoridad bien entendida es el mejor servicio que pueden prestar a sus hijos.

El arte de ser padres quizás consista en saber poner tutores, como aquel que ponemos a una planta cuando sabemos cual es la dirección en que queremos que crezca, buscando la luz y teniendo seguridad al ser sostenida y saber cuando y cómo quitarlo. Ponerlo significa establecer límites, sostenerlos, mantenerse presente emocional, física, espiritual y moralmente en la vida de los hijos., ser guía y referente. Y sobretodo serlo a través de las conductas más que de los discursos.

Significa saber que seremos confrontados por nuestros hijos, pues no se crece sin cuestionar. Y que debemos responder a la confrontación con serenidad, con constancia, con firmeza y con ternura. Parece difícil, y lo es.



Criar hijos es responder a las vidas que hemos creado o adoptado. Es respetar y hacerse responsable de la conservación de una asimetría inevitable, plástica y fluyente.

Y llegará un tiempo en el que es necesario quitar el tutor, equivale a reconocer que nuestros hijos ya no son las semillas que plantamos una vez, sino los árboles que esas semillas contenían. Es reconocerlos como personas autónomas, como seres únicos, diferentes de nosotros, que vinieron a cumplir sus propios sueños.

El mayor éxito de la paternidad y de la maternidad, es haber criado personas autónomas, con capacidad de autoapoyo, responsable de sus acciones, personas que saben convivir con los límites lógicos de la vida y, al hacerlo, eligen, son libres. La libertad consiste en asumir la responsabilidad de elegir "bien".

Las funciones educativas de los padres no se pueden delegar a otras instituciones. La familia, los padres, educan siempre, aún cuando crean que no lo hacen. La responsabilidad reside en comprender que nadie hará por los hijos aquello que es función paterna y materna. Se puede pedir colaboración pero no ser sustituidos.

La base de una sana actitud educativa apunta a desarrollar la firmeza de la personalidad, tanto en los padres como en los hijos, combinando equilibradamente la firmeza con la ternura. Una difícil armonía para padres con criterios rígidos o con una fácil disposición hacia el cariño blando.

Esa armonía sólo se logra con una firmeza tierna o con ternura firme, es decir cuando los padres no se guían por el amor espontáneo sino que optan por un amor inteligente por sus hijos, por cada hijo. No se trata de un equilibrio cuantitativo. La ternura y la firmeza no son recursos ni recetas. Son los componentes de un amor verdadero, es una consigna que encierra sabiduría, que busca el bien de los hijos y no la comodidad propia.

La suavidad y la firmeza sólo funcionan junto al compromiso. Cuando nos hacemos padres y madres, una nueva vida comienza en nosotros, el resto de nuestra vida. Tendremos todo ese tramo por delante para ejercer el compromiso y la responsabilidad, para darles forma y para construir el amor.

Habrà idas y vueltas, habrá luz y penumbras, habrá errores y aciertos. Lo que no puede haber es deserción, abdicación y ausencia.

Cuando esto ocurre nos convertimos en cómplices de un modelo social dañado, obscenamente materialista, centrado en el egoísmo y en el beneficio a cualquier costo, vacío de sentido. Un modelo social que hoy se alimenta de una manera perversa de nuestros hijos.



De nadie más que de nosotros los adultos, los padres, depende cambiar este modelo, para hacer de la relación padres e hijos, sin demoras y sin excusas, transformándola en una construcción de amor, de respeto y de sentido. Donde no necesiten llenarse del “frío” vacío del afuera porque se sienten llenos del “calor” de un vínculo nutricional y formativo.

Es clara y esencial la combinación de función nutritiva con función de educación, integradas en un justo equilibrio para que la formación de la personalidad tenga sus mayores posibilidades de éxito.

Con Ternura y con Firmeza, que se pueden traducir como comprensión y exigencia, como confianza y respeto, como libertad y obediencia. Saber combinar estos binomios constituye el arte de educar. La firmeza debe ser estimulante y motivadora. La ternura por su parte es la causa y el fundamento de la firmeza. Sólo se exige a los que se quiere.

Un exceso de firmeza puede desembocar en un autoritarismo contraproducente, Si, por el contrario, la ternura impide o diluye el ejercicio de la firmeza, el intento educativo corre serio peligro de fracasar. Equilibrar el grado justo de ambos elementos esenciales en la medida adecuada, sin excederse en la firmeza ni ahogarla en el cariño, es la tarea más difícil que enfrentan los padres.

“Nuestra tarea como padres es nuestra propia construcción como seres humanos”, dicen bellamente Jaume Soler y Mercé Conangla (creadores de una poderosa herramienta de desarrollo humana conocida como Ecología Emocional). La coherencia y el ejemplo de los padres serán imprescindibles en la medida en que, como adultos y como padres, aprendamos a reconocer nuestras propias necesidades, a no confundirlas con deseo, a construir sentido en donde hay vacío existencial.

Los jóvenes no son quienes crean modelos y referencias sociales. Son espejos que reflejan la imagen del mundo en que viven y crecen. Sus modelos son consecuencia de la adultez con la que conviven. Si a los adultos nos preocupa lo que ocurre con y entre ellos, debemos preguntarnos qué pasa con nosotros.

Demasiados padres, hoy, ven la tarea de formar y educar como una carga, no quieren que los hijos les impidan tener vida propia, como si la vida propia no incluyera la maternidad o paternidad. Esto cuesta escucharlo, cuesta pensarlo, pero los padres somos adultos y tenemos una responsabilidad indelegable ante la vida que creamos.

Debemos como padres y adultos tener siempre presente y recordarlo en la tarea del día a día: Nuestros hijos necesitan y merecen PADRES, ADULTOS RESPONSABLES, AMOROSOS Y DEDICADOS que disfruten y vivan la hermosa, apasionante y desafiante **TAREA DE EDUCAR.**

